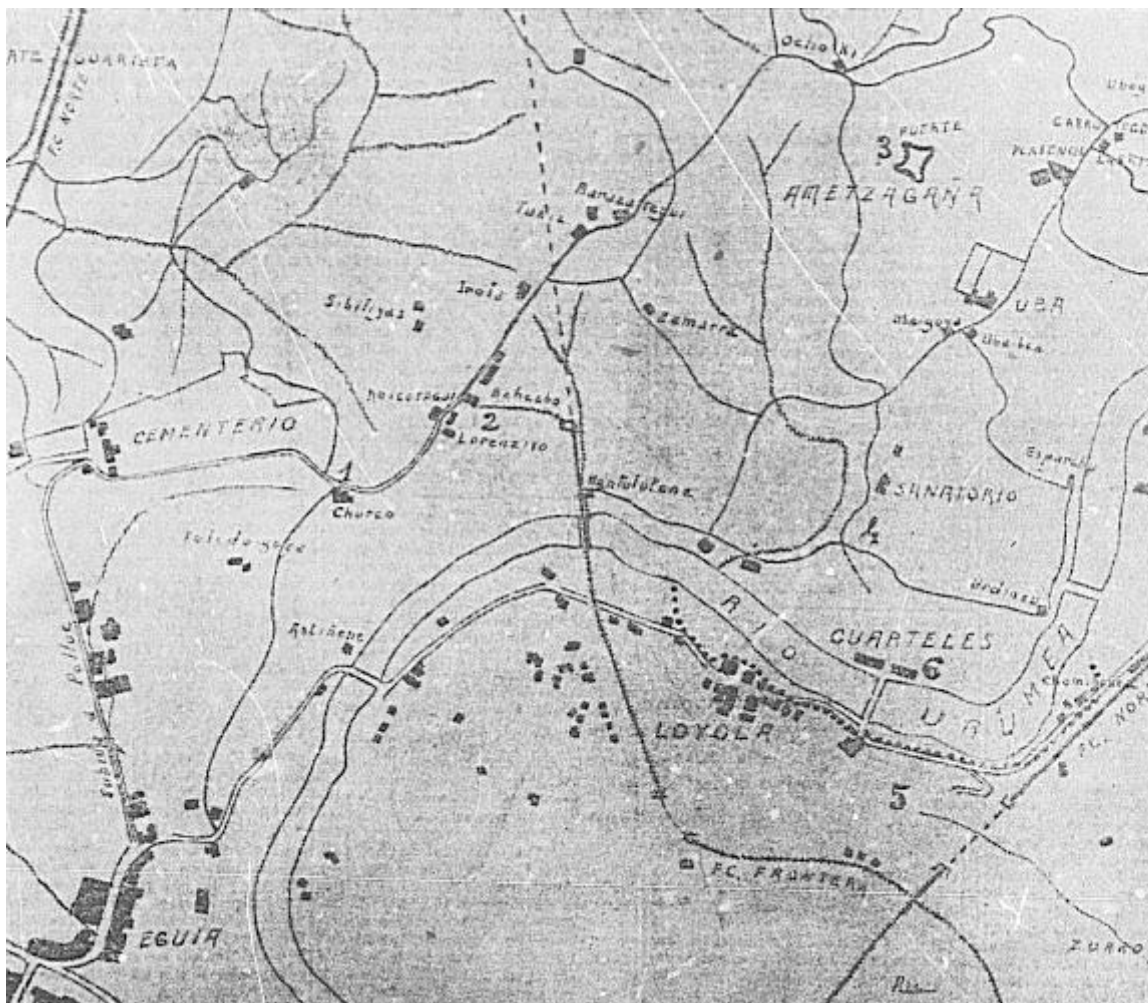


FUENTE: Diario Vasco. 9 de Mayo de 1948.

La triste odisea de los casheros del Alto de Eguía (1936).



Plano de Loyola durante el sitio de los Cuarteles de Loyola. Frente Popular.

Hoy toca recordar un capítulo bastante desconocido de la Guerra Civil Española en San Sebastián: la lucha en los Altos de Eguía; o, más bien, las consecuencias de la misma. Tras el sitio a los Cuarteles de Loyola, los reporteros del recién creado diario "Frente Popular" visitaron los diferentes caseríos que se hallaron en el centro de la acción bélica, encontrándose un panorama desolador. He aquí la crónica de época...

DESPUES DE LA RENDICION

LA TRISTE ODISEA DE LOS CASHEROS DEL ALTO DE EGUIA

Caseríos en ruina, pérdida total del mobiliario y destrozos en las huertas.—El trágico fin de Miguel Alquiza.—Las navajas de Igola.—Pesetas y alhajas que se llevó un capitán de Ingenieros.

Cada hora que pasa salen a la luz nuevas facetas de esta lucha durísima que hemos vivido durante unos días interminables y que pro muy diversos que sean los acontecimientos que todavía nos reserve el Destino, no bastarán para borrarlos de la memoria.

Dispuestos a trasladar al público cuantos detalles puedan perfilar con mayor firmeza de líneas la trágica intentona fascista que en tan grave peligro pudo poner la vida de España, quisimos recoger un aspecto rural de la contienda subiendo ayer a los caseríos del alto de Eguía, en la parte trasera del cementerio, donde con tan gran intensidad se ha desarrollado estos últimos días la lucha por parte de los soldados rebeldes y las bravas milicias del frente Popular.

A pesar de haber transcurrido más de treinta horas desde la rendición de los cuarteles, en varios caseríos todavía no han vuelto sus moradores. La mayoría tuvieron que ser abandonados el viernes de madrugada, desparramándose los "casheros" por Alza, Astigarraga, Hernani, etc.; en fin, allí donde encontraron personas amigas o parientes.

"TXURKOENE"

Es el primer caserío que visitamos. Situado en la confluencia de la carretera que viene del cementerio y el camino que parte de Aldapaberri hacia arriba, era un edificio de acusada arquitectura vasca de caserío. Su entramado de madera figuraba como modelos entre los de su clase. Ahora ya no servirá mucho. Tomado unas veces por los soldados y otras por las fuerzas leales, sirvió de fortín a ambos bandos y, naturalmente, recibió las consecuencias de su estratégica situación.

La fachada y paredes laterales están acribilladas a balazos. La parte Oeste tiene un enorme boquete abierto por un proyectil de cañón disparado desde Loyola. Y su interior es un puro desastre. Los tabiques están derrumbados, habiendo caído los cascotes sobre el mobiliario, que aparece destrozado por completo. No podrá aprovecharse ni un solo objeto. Camas, armarios, aparadores con toda la vajilla, todo el ajuar casero está perdido por completo.

Habitaban el caserío dos familias: la de Juan Echeverría y la de José Zapiain. Únicamente ha quedado con menores daños la parte baja, en la que está el ganado. Este sufrió solamente la pérdida de un caballo, muerto de un tiro.

Encontramos a Juan Echeverría tratando de desescombrar su vivienda. Nada hay que recuerde ni remotamente que aquello era habitación de personas. El pobre "cashero" y su familia han quedado tan sólo con la ropa puesta que llevaban al huir.

—Ya ve—nos dice—: todo perdido, todo. Y lo que más siento, la ropa de boda del matrimonio. ¡Hasta "un gabardina" nueva, de 25 duros, que compré el año pasado!

Idénticas lamentaciones se escuchan en la parte correspondiente a la familia Zapiain. Las dos familias, laboriosas, ajenas a cuanto signifique política y muy apreciadas en la barriada, se ven ahora en la triste situación de rehacer por completo su hogar por causas en las que no tuvieron la menor intervención y a la que les han llevado unos señores que, según ellos, iban a levantar España...

"MOSCOTEGUI"

Ha sido este hermoso caserío el que ha llevado la parte más lamentable de la tragedia. Su sola visión pone ya congoja en el ánimo, tal es la situación de enormes destrozos que se aprecian al exterior. Pero la tristeza, honda, callada y constante está dentro.

Miguel Alquiza, joven de 27 años, hijo del caserío y queridísimo en aquella zona, no podrá contar a nadie su odisea. Al ocupar los soldados la casa, pidió permiso para ir a recoger hierba. Concedido, a poco de abandonar el caserío, recibió un tiro por la espalda, cayendo gravemente herido. Una agresión canallesca, sin justificación ni disculpa posible.

Josefa Odriozola, segunda esposa del colono de "Moscotegui", José María Alquiza, nos refiere sus angustias al conocer la situación de su hijo. Era el viernes, al volver de visitarle en el Hospital, donde le habían amputado una pierna, cuando ya la madre no pudo llegar a casa. Los soldados le interceptaron el paso. Suplicó, rogó, hizo ver la necesidad de unirse a sus familiares, pero todo inútil. Desorientada, al saber que su casa había sido abandonada por el esposo y los hijos, emprendió una triste peregrinación por los caseríos conocidos, creyendo encontrar en ellos a los huídos. Todo en vano. Al fin, vencida, quedó en "Etxeberri", caserío de Alza, sin tener noticias de los suyos.

Días después, un hijo llegó hasta donde se encontraba Josefa Odriozola. La familia se había refugiado en Astigarraga. Inmediatamente de ver a su hijo, Josefa quiso venir con él a San Sebastián para visitar al herido. Y fué entonces cuando conoció la horrible verdad. Desde Astigarraga, alguien de la familia había venido por Ayete a la ciudad, enterándose en el Hospital de la noticia del fallecimiento de Miguel Alquiza el sábado pasado.

Josefa Odriozola llora sin consuelo. El patético cuadro adquiere caracteres más acusados en aquellas habitaciones dismanteladas, con los tabiques destruidos, los muebles terriblemente acibillados a balazos, sin cristales las ventanas y con enormes boquetes en las paredes.

—Todo esto—nos dice la pobre señora—tendrá arreglo algún día. Pero Migueltxo, ese ya no lo veremos más...

Consolamos como podemos a la apenada madre. Realmente, nuestras frases no están ni pueden estar a la altura terrible de las circunstancias. Con la madre hay varios hermanos, a quienes sólo se oye citar el apellido Rebollar. Al parecer, este alférez de Ingenieros tiene para ellos gran parte de culpa en su desgracia. Ellos, testigos de las andanzas de los soldados durante varios días, sabrán el fundamento de su acusación.

No sólo la parte de fábrica y mobiliario con las ropas es lo que ha sido destrozado. Con los muebles y ropas han desaparecido dinero y modestas alhajas de familia, algunas muy estimadas por sus poseedores. Así nos citaban amargamente la desaparición de una cadena de oro: "De la comunión de la hija era, ¿sabe?"

También sufre la gente de "Moscotegui" la pérdida de un caballo. En cuanto al ajuar, bastará con decir que únicamente hay aprovechable un armario y una cama.

Consignemos por último la maldad de quemar innecesariamente seis metas de hierba, tan sólo por la excusa de que restaban visibilidad a las ventanas del caserío en donde se habían hecho fuertes los rebeldes.

"LORENCIENE"

Forman este caserío dos edificios próximos y que se distinguen con los nombres de "Lorenciene-aundi" y "txiki".

A pesar de estar a diez metros de "Moscotegui", los destrozos han sido infinitamente menores. La feliz circunstancia de estar en la parte que da a los cuarteles, ha salvado a "Lorenciene", pues los soldados se adueñaron de "Txurkoene" y "Moscotegui" por dominar desde estos caseríos la parte del cementerio pro donde llegaban las fuerzas de Frente Popular.

La familia Echeveste, de "Lorenciene-aundi", tenía un hijo, llamado Ramón, soldado de cuota en los cuarteles. Gracias a esto se ha salvado el ganado de muchos de estos caseríos, pues desde el primer momento en el que fueron abandonados estos edificios, este muchacho se ocupó en dar pienso a los ganados, evitando así su falta de alimento.

La familia Echeveste nos recibe con gran contento. Para ellos, lo importante es que su hijo está ya con la familia y no paran mientes en las pérdidas sufridas estos días. La huerta está muy castigada. Los árboles frutales presentan los desgarres de infinitos balazos. Faltan en casa multitud de ropas y varios colchones. Y más de cien gallinas desaparecieron del corral. Pero todo ello, que en otra ocasión hubiera sido muy digno de tener en cuenta, ahora parece insignificante. La alegría borra todo, y lo cierto es que, al regresar la familia al caserío después de varios días de infinita zozobra, el hijo está allí.

—¡Y "lispensiar" y todo disen que le han hecho!—apunta gozosa la "etxekoandre"...

"Lorenciene-txiki" tiene poco destrozo. En el tejado, algunas granadas han producido los consabidos boquetes que el colono se ocupa en reparar. Como todos los demás "casheros", éstos también tuvieron que huir apresuradamente.

—¿Y usted también corría?—interrogamos a una animosa "amona" de 78 años, llamada Josefa Larrañaga.

—¿Qué remedio? Cuarenta y tantos años en el caserío y nunca nos había pasado cosa parecida.

"UDARABERRI"

Esta finca aparece cerrada. Sin embargo, su garaje está destrozado y abierto. La parte de campo tendrá, naturalmente, los destrozos que son comunes a esta barriada.

"ETXETXO"

Aquí encontramos nada más que a los hombres y la "etxekoandre". Las mujeres jóvenes faltan todavía. Todos se encuentran trajinando, dedicados a la limpieza. Nos cuentan las pérdidas sufridas. Los días que no han podido bajar a San Sebastián suponen un centenar de pesetas de venta en la plaza. Unos setenta litros de leche tenían que ordeñar diariamente para arrojarlos después.

Y luego, desde el viernes que han faltado del caserío, el ganado no ha sufrido perjuicios gracias al vecino Ramón Echeveste. Pero, en cambio, en la huerta están diez gallinas menos y en casa faltan ropas, tres pares de zapatos y uno de botas.

"IGOLA"

Miguel R. Zabalza es un simpático navarro de Leiza, que por el mucho tiempo pasado en América habla con modismos argentinos y ha perdido casi por completo el acento navarro. Se encuentra en el caserío en compañía del criado, sin que hayan regresado todavía su esposa y las dos hijas.

Según va recorriendo cuartos y desvanes, echa de menos cosas que aumentan sus lamentaciones. Todo está en tremendo desorden y parece imposible que aquello pueda volver a ponerse en forma habitable.

Miguel R. Zabalza tuvo que huir casi sin vestirse. Al volver se ha encontrado con las fachadas agujereadas por diferentes partes y todas las ventanas obstruidas con sacos. Catorce quesos recién colgados de un madero han pasado a mejor vida. Lo mismo que abundante cantidad de patatas, sidra y un vino navarro del que nos hace tantos elogios que no tenemos más remedio que comprobar su exquisitez. De este vino han vaciado quince botellas y unas cien de sira. Peras, alubias, todo cuanto había en el caserío, sirvió de excelente despensa a los soldados.

Pero no son estas menudencias las que desesperan a Zabalza. También le faltan un reloj de oro con cadena, tres navajas de afeitar y un buen trozo de cuerda nueva. Y eso, sí, caramba. Eso ya le duele.

—¡Fíjese que barba más dura tengo! Y tenía en más estima esas navajas... También ha desaparecido una marmita de unos doce litros, con el número 1.028. Pero lo que siento es las navajas. Los quesos, la patata, la sidra, no me importa. Yo ya sé que los chicos tenían que comer. Pero el reloj y la cadena de oro, ¿para qué llevaron?

—Con fin de que se entere de algo de lo ocurrido estos días en la provincia le ofrecemos un número de FRENTE POPULAR.

—¿Periódico? Para leer estoy yo. Trabajar es lo que hace falta.

Nos despedimos de este buen hombre, que nuevamente rinde elogio al vino navarro tan cuidadosamente seleccionado para su bodega. Y cuando llegamos a la puerta, como última recomendación nos recuerda:

—Por favor, digan ustedes que me devuelvan la marmita, que estará por algún caserío de aquí cerca. Y, sobre todo, si alguien encuentra mis navajas, que es lo que más siento de todo lo desaparecido. ¡Mire qué barba tengo tan dura!.

"TUNIS"

Los inquilinos del primer piso de los dos de este caserío no están en casa. Antonia Eceiza Larzábal, vecina del segundo piso, está llorando al tiempo que da de comer a las gallinas. No sabe lo que faltará a los del primer piso. Supone que habrán perdido unos nueve cerdos. Pero ella tiene también motivos para entristecerse.

A parte de la consabida verdura y gallinas, Antonia, que es recién casada, ha perdido dos libretas, una a su nombre y otra al de su marido, José Juan Peña Lerchundi. En una de las libretas había 250 pesetas en billetes. También robaron la cartera de Juan José Peña, conteniendo 800 pesetas. Y las menudas y queridas alhajas familiares, los anillos de boda, otro de sello, pendientes de oro, etcétera. Aparte de calcetines, alpargatas, cuanto era útil y aprovechable. Un verdadero saqueo.

Las libretas y el dinero lo cogió un oficial de Ingenieros. La mujer no sabe el nombre, pero nos indica que lo conoce el casero de "Zamarra", caserío inmediato. El oficial recogió el dinero diciendo que lo llevaba para que no lo robasen los del Frente Popular. ¡Y el caso es—nos dice llorando la "cashera"—que ahora nos han dejado sin un céntimo!

"ZAMARRA"

El casero de "Zamarra", José Azpiazu, es el único que ha permanecido todos los días en su posesión. Le retuvo en casa la enfermedad de su mujer, en cama desde hace seis meses, lo que imposibilitó la huída. Tuvo que quedarse el matrimonio en el caserío, huyendo los demás familiares.

De aquí se llevaron los soldados una gallina, vajilla, tres cestos de patatas, uno de vainas y otras verduras.

Le interrogamos por el nombre del oficial que se apoderó del dinero de al casera de Tunis. No titubea un momento.

—Capitán Gutiérrez—dice—llevar al cuartel hizo para que no robasen paisanos.

"SIBILI"

En la parte del monte que da a Ategorrieta están "Sibili-aundi" y "txiki". El primero apenas ha sufrido daños. Tan sólo algunos muebles dañados por los balazos.

No así "Sibili-txiki", casa de vecindad en la que habitan tres familias, dos de ellas castellanas. Por eso nos sorprende que, después de escuchar a tantos caseros expresarse dificultosamente en castellano, una mujer de edad nos diga:

—Aquí sí que hemos pasado. De poco más, "se finí"...

Y tenían razón la mujer. El caserío era hostilizado por dos lados. De una parte, los soldados desde Moscotegui; y por abajo, las fuerzas leales que ascendían por Ategorrieta. Todas las habitaciones de la casa han sido atravesadas por las balas. Los muebles, ropas y menaje muestran las huellas y desgarres producidos por los disparos. Durante tres días la vecindad permaneció encerrada en una cocina de la parte baja. Había 22 personas, de ellas catorce niños, el mayor de 14 años. A pesar de estar "Sibiliauendi" a escasísimos metros, no podían ni llegarse a este caserío por leche para los pequeños.

Ahora, ya sin peligro, la chavalería pulula por los alrededores del caserío entretenida en los juegos infantiles que suspendieron durante tantas horas bajo la amenaza de las balas de los dos bandos.

Viendo tanto impacto en las paredes interiores, se comprende la verdad de la pintoresca exclamación de aquella mujer: "De poco más, se finí".

Esta es, expuesta lo más fielmente posible, la impresión óptica de nuestra visita a los caseríos de la parte alta de Eguía, hasta hace pocos días en paz y tranquilidad completa y hoy turbados por angustias que muchas serán pasajeras, pero otras quedarán imborrables, como la de la desgraciada familia de "Moscotegui"...